

## DON QUIJOTE Y LA ALTERIDAD: EL OTRO, LOS OTROS, LO OTRO

*Jorge Arbeleche*

El título se refiere a las relaciones de este personaje protagónico, Don Quijote de la Mancha, con el mundo que lo rodea, con el entorno, con los personajes, con sus sueños, con su interioridad y con algo que va más allá de los límites. Esto ocurre durante un período de tiempo que se podría definir como un viaje cuyo comienzo sucede en la casa de Alonso Quijano.

El viaje que realiza Alonso Quijano tiene un punto de partida y un destino: su casa y la utopía; el viaje puede comenzar en el nombre elegido: *Don Quijote de la Mancha* y respecto al segundo su fin no alcanza a vislumbrarse porque no existe. El concepto de utopía tiene parentesco con el de infinito y/o eternidad.

También tiene confusos o ambiguos sus límites y sus cometidos ya que las altas labores a que se ven obligados los caballeros andantes, según Don Quijote tienen más que ver con lo dicho que con lo hecho, con la palabra más que con la acción.

El gran viaje será precisamente el que realice desde la palabra hasta la acción. Luego –tal vez– desandaré el camino.

Para realizar ese periplo, nuestro personaje se ve inmerso en un juego de contrarios. Es así que Cervantes organiza toda su obra sobre la base de oposición de categorías.

Se establece un balanceo entre lo cerrado y lo abierto, entre la casa y la intemperie, entre la locura y la cordura, entre la lectura y la palabra escrita, entre la quietud y la acción, entre la delgadez y la gordura.

Prácticamente toda la obra se desarrolla a la intemperie, salvo el comienzo, el final y los intervalos que promueven sus repetidas derrotas. Cuando hablo de lo cerrado me refiero solo a su casa, y deixo exceptuados las ventas, la casa de los duques, la casa del caballero del Verde Gabán, las imprentas.

Tomo la casa como un referente de cultura, un estadio de la evolución humana. El hombre primitivo es nómada, cazador, aislado; en su evolución, el individuo pasa a asentarse, es sedentario, agricultor, gregario. La “casa” el “adentro” es, de algún modo, el lugar del abrigo, de la protección, del afincamiento, del reencuentro con

uno mismo, es decir con la alteridad propia, con todas las facetas del “yo”.

También del recogimiento, de la reflexión, incluso. Un momento de sosiego en la carrera del pensamiento, aunque no de la vida. Es el espacio propicio a la cordura. El “afuera” es el salirse de esos límites que impone la misma casa, es el asomarse al peligro, la salida de sí, de su casa o de “las casillas”; por eso el loco es el que se sale de sus casillas. Y se asoma a la intemperie, a la aventura, a lo desconocido, al peligro. Y a la maravilla. También podría verse este viaje de la casa al campo y del campo a la casa de regreso, como el viaje de la iniciación del héroe en el camino de la búsqueda de la sabiduría. O de la felicidad o tal vez de la serenidad, de la resignada y lúcida aceptación de los hechos.

El asomo al peligro está marcando las lindes del abismo. Y este proceder se puede asimilar a la gran aventura del creador. Así como Don Quijote lucha con el mundo para que el mundo sea como él lo desea, combate por un cambio, un mejoramiento, un ascenso no solo en el plano ético sino también estético, identificándose —de algún modo— estas dos categorías, así también procede el Creador, el artista, con su elemento: la Palabra.

Don Quijote de la Mancha como tal es un conjunto de palabras que elige otro personaje de ficción, Don Alonso Quijano el bueno, denominado así por sus coterráneos. Don Alonso Quijano es un hidalgo pobre, provinciano, de vida estéril, sin brillo, que habrá de pasar gracias a un nombre, a otra identidad que él se forja. A partir de esa identidad que surge de un grupo de palabras, va a pasar a otra vida, esa sí llena, plena de nobleza, bondad, belleza y sabiduría.

El personaje Don Alonso Quijano pasa mucho tiempo en establecer la conexión entre su nombre real y el nombre, también real, pero que él se inventa, en elaborar la concatenación de los términos. Al final pone *de la Mancha* porque es su lugar de origen.

Es el andamiaje perfecto de una personalidad que se organiza a partir de ese nombre. Ninguna pieza puede cambiarse de lugar sin caer en el riesgo de la desintegración. Lo mismo ocurre con una obra de arte; sea un cuadro, una canción, un poema o una obra de teatro. Si se cambia una palabra en un poema, si se altera un acento en un soneto, si se cambia una línea, un color, un tono, o un silencio (fundamental el silencio en cualquier manifestación artística) se corre el riesgo de la caída de esa obra. Este nombre, *Don Quijote*, lo elige luego de cavilar muchos días. Será la denominación a la

que responderá en su vida futura. De la locura de Alonso Quijano, porque vivía leyendo y pasaba las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, de ese caos aburrido, de esa vida rutinaria y sin sentido arribará a otra zona de su personalidad, la esencial, aquella donde el personaje no está condicionado por ningún elemento externo; la zona de su libertad. Alonso Quijano es el soporte para que nazca Don Quijote. De ese caos de Don Alonso, se arriba a un orden no convencional ni ortodoxo, donde imperan el bien y la belleza, donde “Haldudos puede haber caballeros” y las prostitutas pueden ser damas. Don Quijote, en su primera salida se encuentra con un campesino que está castigando a un muchachito y le hace prometer que lo va a recompensar. Esa figura estafalaria vestida con una armadura de siglos anteriores, le dice que deje de castigarlo. Juan Haldudo, que así se llama el campesino, le responde que va a cumplir con su promesa. Don Quijote piensa en retirarse. Entonces el muchachito, con la lógica de la realidad, le replica: “Pero Señor, este es Juan Haldudo, el vecino del Quintanar. No es ningún “caballero”. Le señala que no va a cumplir ninguna de sus promesas. Don Quijote le contesta: “Haldudos puede haber caballeros, cuanto más que cada uno es hijo de sus obras”. O sea, la palabra determina la conducta futura. Es el orden de la creación.

Don Quijote es un personaje creado por Don Alonso Quijano que a su vez es creado por Cervantes que a su vez dice que encontró el manuscrito traducido. Pero no nos ocuparemos de eso.

Cuando Don Quijote, en esa primera salida, se encuentra al llegar a una venta con unas prostitutas que él llama mozas del partido, el Caballero les pregunta su nombre y estas mujeres, carentes de identidad, transformadas en su oficio por mercadería, humildemente le dicen que se llaman la Tolosa y la Molinera. El caballero andante les responde que desde ese instante habrán de llamarse por su amor —no el amor de pareja, erótico sino un amor esencial que trasciende y se inserta en la condición cuya filiación se fija en el autor cortés del caballero andante— Doña Tolosa y Doña Molinera. El otorgarle el distintivo de *Doña* hace que se eleven, no de nivel social sino a otra categoría espiritual, ética, diríamos. Es el mismo orden donde se inserta el eterno imposible, el amor de Don Quijote por Doña Dulcinea del Toboso, personaje que no existe más que en la mente de él pero que tiene relación con una joven campesina llamada Aldonza Lorenzo. Aquí se nos plantea el tema de la realidad, porque Aldonza Lorenzo es tan real en el mundo

en que ella actúa, como Dulcinea del Toboso lo es en la realidad de Don Quijote. Dulcinea del Toboso está actuando de acuerdo a una orden que ha impuesto el creador, en este caso, Don Quijote. Dice el poeta argentino Roberto Juarroz: “La poesía es un orden por encima del orden”. Y eso hace Don Quijote. Como en el entorno que lo rodea, los otros no responden a su sistema de pensamiento, él borra esos “otros”, la “alteridad” que lo rodea porque le parece indigna; entonces lo niega y la sustituye por otra alteridad existente solo en su mente. Así comienza la travesía de sus sucesivas derrotas, a modo de un *vía crucis*.

También en esa primera salida Don Quijote, luego de un infeliz encuentro con unos mercaderes que llevaban seda a Murcia para vender, queda, por pelear con ellos, apaleado, solo y tirado en el camino. Desde ese ángulo de la derrota, de la pérdida y de la ausencia, Don Quijote ingresa en el territorio del triunfo. Recita poemas al tiempo que va identificándose con algunos de los personajes fantásticos de sus aventuras. Pero quieren las cosas que por allí pase otro vecino llamado Pedro Alonso, un labrador, hombre sencillo, rústico y bueno. Va al molino como todos los días, tarea absolutamente cotidiana, que no por cotidiana deja de ser mágica. Lo reconoce y le dice lo peor que le puede decir, porque Don Quijote lo está identificando con otros personajes de sus fantasías. Le dice que él es el Marqués de Mantua, Rodrigo de Narváez, y otra serie de personajes pero entonces Pedro Alonso, con la lógica estructurada de quien va todos los días al molino sin ver los árboles del bosque, le dice: “Yo no soy el Marqués de Mantua ni Rodrigo de Narváez y Ud. no es Valdobinos ni Abinadarraez sino el honrado vecino don Alonso Quijano”. Pedro Alonso ha pretendido llevar a Don Quijote nuevamente al plano de la realidad pero ¿de cuál se trata? ¿La de Pedro Alonso o la de Don Quijote? Entonces la respuesta de Don Quijote entra en el plano de lo sublime. Responde: “Yo sé quién soy”. Contesta desde la perspectiva de la creación, desde la creatura válida y autónoma porque es un producto de la poesía, de la creación. En última instancia, de la cultura. Pedro Alonso representa la otra realidad. La “alteridad” que lo derrota, sin maldad ni intención ni alevosía.

Con esto tenemos en cierta forma una parábola de las dos realidades, tan auténticas una como la otra. Una: la tangible, la palpable, la mensurable: la de Pedro Alonso, la que suma minutos a las horas, horas a los días, días a los meses y a los años hasta formar una vida

a veces sin ningún sentido. La otra es la de Don Quijote recién creada, que es intangible, inmensurable, aquella que desde su más íntimo anhelo funda otra realidad, tan verdadera como la otra en donde “Haldudos puede haber caballeros” y donde la Tolosa puede ser Doña Tolosa.

Es la realidad de la creación que vive a través de la sangre y savia de la palabra, y cuando me refiero a la palabra me estoy refiriendo también a la música, a la dramática y al silencio dramático, a la que es también la pincelada y la línea. La que afirma la existencia de una vocación de vida y de una identidad elegida. El arte, la creación que tiene sus propias reglas y que establece su autonomía respecto de todo lo demás. Digo autonomía, que no significa desprendimiento ni ignorancia. A través de la poesía, la molinera será Doña Molinera sin dejar de ser ella misma. A través del arte, el hombre podrá educarse y ser mejor, en un mundo también mejor y en una relación mejor.

La última salida de Don Quijote está avalada por sus fracasos anteriores y por la ambigüedad que admite el canónigo en el diálogo que ambos mantienen hacia el final de la primera parte. Allí, refiriéndose a Amadis de Gaula, Don Quijote dice: “Porque querer dar a entender a nadie que Amadis no *fue* en el mundo...” y luego “...de esos que *dicen* las gentes que a sus aventuras van”, donde asimila el verbo *ser* de esencia y existencia al verbo *decir*, o sea que integra el plano de lo esencial con el de la palabra, el del diálogo, el de la oralidad; tal vez une el código escrito de una lengua con el de su expresión oral. Don Quijote pretende establecer un puente entre él y su realidad con los otros y la suya. Para eso, que también redundará en fracaso, usa la palabra que, en él, siempre proviene de la poesía.

Para Don Quijote, según Foucault, el libro es menos existencia que su deber. De allí podemos inferir que la Palabra tiene consistencia ética más que estética y alcanza valor de destino.

Yo pienso que lo ético no suplanta lo estético sino que lo integra, lo complementa: conforman una unidad que remite al pensamiento platónico y su ecuación: lo bello es igual a lo bueno.

Al comienzo de la obra hay una quema de libros; es una suerte de auto de fe que pretende destruir la Palabra del libro, es decir, la Palabra escrita, creada. Pero a su vez la obra termina con una expresión poética que proviene de la tradición pastoril, pero esta vez en boca de Sancho. Entonces parecería que al inicio del libro, se

produce un auto de fe para destruir la Palabra, el Libro, la Poesía, por temor y por considerar que ellos son los vehículos conductores de la locura y la perdición.

Todo el libro está constituido por la lucha entablada por nuestro héroe contra tamaña desventura y, hacia el final, si bien el protagonista cede a su supuesta derrota, la Poesía se salva en labios de Sancho Panza.

Su salida de la casa es ardua, necesita de un tiempo, de esfuerzo, de lucha, de lectura por supuesto, de asimilación y meditación acerca de esa lectura, luego de ordenamiento de las causas, los hechos y los efectos, las futuras consecuencias y crónicas al respecto, o sea todas las posibles vivencias que puede vivir el creador respecto a su creación. Por eso Don Quijote es la creación de Alonso Quijano y su salida puede vérsela como un nacimiento. Del Caos al Cosmos. Una ascensión hacia el Orden que es, en este caso el de la Caballería o el Orden de la Ficción, de la Fantasía, de la Imaginación. Y de la Verdad. Y de la Bondad. O sea, de la Poesía.

Al salir de su casa, *nace*, se da a luz.

Su locura consiste en negar lo que es a favor de lo que debería ser.

Don Quijote es la suma de las decepciones, de los fracasos seguidos de otros fracasos, fracaso o derrota que son sublimados por las palabras finales de Sancho. Sucumbe –tal vez– el personaje, pero no su palabra. Como en los torneos olímpicos, la llama de la Palabra la tomará otro individuo que no repetirá seguramente las hazañas del anterior porque las palabras crecen y se fortifican en cada individuo. Y es así que Sancho crece a lo largo de la novela detrás de una palabra, mucho más que de una ambición.

Esa palabra es *ínsula*; ¿qué significa para él? ¿Es acaso un territorio, una riqueza, un poder? ¿O es, más bien, lo aventurero, lo desconocido, lo otro, lo que no ha sido y puede serlo? ¿No se asimila acaso también a la ilusión, a la utopía?

La Palabra será pues el puente hacia lo desconocido como desconocido es el territorio de la Creación cualquiera sea su índole. Cuando el creador se asoma a lo que puede llegar a ser su obra, apenas sí puede conocer el punto de partida, pero nunca, o muy difícilmente, el del arribo. La creación es entonces el ámbito esencial de la aventura y estará encuadrada dentro de los límites del riesgo y del abismo que asoma entre el perímetro de lo desconocido. Aventura que no tiene por qué circunscribirse a la creación artística,

ya que la más grande creación que puede emprender un hombre es la de su propia vida individual.

Es, entonces, a través de la Palabra que Don Quijote viajará hacia otro terreno, hacia otro tiempo, que no será el del pasado histórico, sino el intemporal del mito. Las referencias que hace el personaje pertenecen más a la leyenda que a la historia, y cuando aparece algún elemento real, sirve sobre todo para otorgar mayor encarnadura a los referentes legendarios. Su viaje es el del eterno retorno al tiempo de la leyenda, del mito, de la poesía, del relato infantil donde los límites del tiempo se diluyen entre los parámetros de la eternidad.

Al anular el tiempo real, Don Quijote destierra de su ámbito a la muerte, ya que aunque el protagonista muera, su palabra encarnará en los labios del otro, de Sancho, alteridad que conjuga con el concepto de unidad.

La palabra es el gran instrumento, la más importante herramienta que usa nuestro personaje en sus aventuras.

En su voz, lo ético y estético se integran para formar una nueva categoría, son una unidad, como unitario deviene el yelmo de Mambrino para convertirse en *baciyelmo*.

Todo esto desemboca en algo que hemos dado en llamar el poder órfico de Don Quijote. Como Orfeo, el primer poeta, con su canto, Don Quijote encanta.

De algún modo, sea por burla, por temor, incluso a veces por crueldad, otras por quitárselo de encima, prácticamente casi todos sus interlocutores lo siguen en su juego. Primero Sancho, también el ventero, los mercaderes, las mozas del partido, los cabreros, recuérdese el respeto con que lo trata Don Álvaro Miranda, el caballero del Verde Gabán.

¿Está loco? Sí. ¿Es sensato? Sí. ¿Es rechazante? También.

Todo eso y más, es Don Quijote, porque Cervantes tuvo la agudeza genial de no dibujar un personaje en una sola dimensión, sino que al diseñar su perfil está mostrando el amplio espectro y las contradicciones del alma humana. De ahí que todas las lecturas puedan tener su validez, desde la lectura de sus contemporáneos que vieron en él la figura ridícula y risible hasta el perspectivismo heroico con que lo miraron los románticos. Miguel de Unamuno lo ve en una sola dimensión: la trágica, pero se olvida de la sombra grotesca que acompaña a nuestro caballero andante.

A través de todo lo que hemos expuesto concluimos que el gran viaje del caballero se realiza a través de la Palabra y en realidad puede llegarse a pensar que quien viaja es la Palabra a través del personaje protagónico y sus antagonistas.

El momento crucial ocurre en el capítulo X de la segunda parte, episodio más conocido como el encantamiento de Dulcinea. Allí el que usa la palabra es Sancho y con ella, el escudero modifica la realidad, pero con un sentido inverso al de Don Quijote: este eleva a las mozas del partido hacia el nivel de damas, el bruto y cruel Juan Haldudo puede llegar a ser caballero, la venta es un castillo, los molinos, gigantes y así a lo largo de la novela. En cambio Sancho transforma a Dulcinea en una labradora tosca con aliento a ajos que encalabrina y atosiga el alma de nuestro personaje. Sancho con sus palabras desciende a Dulcinea del pedestal de Dama o casi diosa, dentro del linaje de la Beatrice de Dante, hasta el más bajo y ramplón de la campesina fea, olorosa, grosera y deslenguada. Pero si lo miramos desde otra perspectiva, además de hacer eso, Sancho vuelve realidad la entelequia de Dulcinea, ya que esta era más un nombre que una mujer, apenas con un lejano parentesco con esa vecina del lugar llamada Aldonza Lorenzo. Al transformar y deformar aquel ideal femenino, ¿no podríamos ver en Sancho, además de su contorno circular, una propensión a la exageración barroca?

Porque de esta manera, Sancho, aunque cruel, en este momento le proporciona a Don Quijote la posibilidad de que su sueño se vuelva realidad, pero deformado. La circularidad y la deformación que caracterizan a Sancho, de algún modo están mostrando el espíritu del barroco por oposición a la figura longilínea y vertical del caballero, natural del gótico y de la Edad Media. Don Quijote representa el tiempo vertical, la aspiración a lo superior, en tanto su escudero se define por la circularidad, aunque al final de la obra, el protagonista adopta la posición horizontal, quizá la del reposo y la de la muerte, pero también la del reencuentro consigo mismo, la conquista de la serenidad, de la reflexión, de la ubicación en su auténtica dimensión humana.

Al regresar a su casa, esta no es la misma del comienzo que albergaba el germen de la locura; la del final es la casa de la cordura, cordura que deriva del cordado, *cordatus, cordis*, es decir, el corazón, centro vital y eje de la vida. Cordura se aviene con “recuerde” en el sentido de despertar, como en Manrique, y recordar es también



acordar, concordar. La paz final, si bien profundamente melancólica, es la de la concordia consigo y con su entorno.

La Palabra tiene radicación en la locura del personaje. Pasa por las diferentes etapas vitales: primero, en la juventud de la locura, en sus inicios la misma divagación se tarda en buscar su nombre, las armas y toda la infraestructura que él cree necesario para ser caballero. Es lo que todavía no es, no alcanza la nuda expresión. Por eso la llamamos la etapa del balbuceo.

La segunda es la de la madurez de la locura que se corresponde con la estatura que alcanza Don Quijote en varios de los pasajes donde se refiere a la libertad o al poder, frente a Sancho, los duques, la pastora Marcela o los Galeotes.

Es la palabra preñada de verdad y sensatez que tiene proyección hacia el tiempo del mito o de la poesía y corresponde a la vez a la plenitud de su desvarío y de su inteligencia y sensibilidad. La última etapa sería la del silencio, cuando la Palabra reposa y permite el acceso a la paz, la reflexión, la cordura, la serenidad. Es la finalización de la locura.

La palabra de la realidad inserta en la lengua de la Poesía. Don Quijote es héroe y antihéroe.

De algún modo, Don Quijote y Sancho llegan a entenderse. Se reconocen cada uno en su alteridad.

La palabra apagada de Don Quijote, ese silencio que lo ocupa al final sea tal vez, la única vía que pueda, desde su casa, su lugar, su realidad, permitirle comunicarse con “lo otro”, el ámbito de lo sagrado, ese que alguna vez ha rozado la Poesía.

Solo hay una expresión de Don Quijote “en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño”. Luego viene el silencio. Ante la presencia de la Muerte, solo cabe el silencio. De ahí el valor de este último.

Ante la divinidad Isaías enmudeció y Dante no encuentra los términos poéticos para expresar tanta grandeza. Ahora es Cervantes quien le quita la Palabra a Don Quijote, al arribo de este a la cordura.

Don Quijote, el del habla florida, el de la gótica estatura erguida, aunque anduviera maltrecho, enfrenta a la Muerte sin palabras. Y nos deja, más que amargura una dulce tristeza parecida a la melancolía. Valiente y sereno se coloca de cara a la Muerte y la recibe, sin ninguna palabra, o con todas, que equivale al Silencio. El gran viaje ha terminado.

María Zambrano dice: “el sentido de la obra es la asunción del fracaso, su aceptación realista, resignada y a la par esperanzada”. ¿Qué fracaso? Fracaso en la medida de la ambición o aspiración.

El fracaso no se opone sino que se complementa con la noción de la alteridad: el reconocimiento del otro, la posible convivencia. Locura son sus hechos y aventuras para todos. Nadie se asombra ni el mismo Sancho de la amistad de entrambos. De ahí que Don Quijote se reformule la idea del reconocimiento del Otro. La convivencia y el respeto. Y la libertad. La de ser como él mismo. Toda la obra es una llamada a la libertad. Y es una gran pregunta.

¿Cuál es el sentido del libro? ¿Cuál es el sentido de la libertad? No importa la respuesta sino la dignidad de la Pregunta. ¿Quién es más libre Don Alonso Quijano o Don Quijote? ¿Cuándo se asume como uno o cuándo lo hace como el otro? Que cada lector lo haga. Y para hacerlo que sea libre.